

EL DEFENSOR

G. K. Chesterton

EL DEFENSOR

Traducción de
Matías Battistón

INTERZONA

INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

Chesterton, G. K.

El defensor / G. K. Chesterton. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

156 p. ; 17 x 11 cm. - (Zona de tesoros)

Traducción de: Matías Battistón.

ISBN 978-987-3874-80-2

1. Ensayo Literario. 2. Literatura Inglesa. I. Battistón, Matías, trad. II. Título.

CDD 824

El defensor fue publicado por primera vez en 1901.

© de la traducción, Matías Battistón

© 2018 interZona editora

interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de tapa: Florencia Gabrás | Estudio KPR

Título original: *The Defendant*

Traducción: Matías Battistón

Corrección: Mónica Campos

Cuidado de edición: Brenda Wainer

Libro de edición argentina

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

EN DEFENSA DE UNA NUEVA EDICIÓN¹

La reedición de una serie de ensayos tan efímeros y hasta superfluos quizá necesite, a primera vista, alguna justificación; probablemente la mejor sea el hecho de que se los ha olvidado por completo y que, por ende, pueden leerse otra vez y provocar sensaciones totalmente nuevas. Sin embargo, no estoy seguro de que esta observación sea tan modesta como parece, porque creo que si Shakespeare y Balzac pidieran un deseo, no sería que se los recordara, sino más bien que se los olvidara, y de la misma manera, porque así nunca dejarían de ser redescubiertos y releídos. Es nuestra memoria monótona la que en general nos impide ver lo espléndidas que son las cosas. Los antiguos no se equivocaban cuando hicieron del Leteo la frontera de un lugar mejor; quizá el único defecto de su sistema es que el hombre que se había bañado en el río del olvido tenía muchas probabilidades de regresar a la misma orilla de donde había venido y creerse en el Eliseo.

Por lo tanto, aunque estoy seguro de que casi toda la gente sensata se habrá olvidado de la existencia de

1. Prólogo a la segunda edición del libro, publicada en Londres por R. Brimley Johnson, en 1902. (N. del T.)

este libro –y no lo digo por modestia ni por orgullo–, solo quisiera señalar un hecho sencillo y en cierto modo precioso. Si me provoca cierta melancolía que este libro ya no pueda considerarse actual, es porque mi intención era escribir anónimamente en algún diario una reseña detallada y devastadora, inspirada más que nada en una impaciencia de orden artístico ante el exceso de tolerancia con el que la crítica recibió el libro y dejó pasar desapercibidas una cantidad enorme de mis falacias más monstruosas. No voy a repetir aquí ese artículo contundente, porque basta con advertir al lector contra el argumento perfectamente indefendible que se esgrime al comienzo de la página 43. También sé que el título del libro, técnicamente, es inexacto. Es una metáfora legal, y si hablamos en términos legales, en derecho anglosajón un defensor² no es alguien que muestra un gran entusiasmo por el carácter del rey Juan ni las virtudes domésticas de la marmota. Es alguien que se defiende a sí mismo, cosa que al autor, por más trastornado que esté a fuerza de prodigar paradojas, nunca se le cruzaría por la cabeza.

Las críticas al libro en tanto literatura, si es que puede considerárselo como tal, son algo que, por supuesto, nunca se me ocurriría ponerme a discutir;

2. *Defendant* es la figura equivalente en nuestro derecho al acusado (o imputado, etc., según la etapa del proceso). Históricamente, también es quien defiende una causa, una postura, quien repele un ataque o quien rechaza una acusación y está dispuesto a batirse a duelo en consecuencia. (N. del T.)

en primer lugar, porque sería ridículo hacerlo, y en segundo lugar, porque creo que esas críticas fueron muy atinadas.

Pero hay otro aspecto en el que suele considerarse que el autor está en todo su derecho de justificarse, pues no tiene nada que ver con su capacidad o inteligencia, y ese es el aspecto moral.

Me enorgullece decir que se publicó un ataque furibundo, tajante y muy eficaz contra la supuesta inmoralidad absoluta de este libro, y que lo escribió mi excelente amigo C. F. G. Masterman³, en *The Speaker*. El punto de su crítica, a grandes rasgos, era que yo desalentaba el progreso y disimulaba determinados escándalos con mi optimismo ofensivo. Citando la parte donde digo que pueden “encontrarse diamantes en el cesto de basura”, señaló: “No cuesta nada encontrar algo bueno entre lo que la humanidad rechaza. Lo difícil es encontrarlo entre lo que la humanidad acepta. Es fácil encontrar el diamante en el cesto de basura. Lo difícil es encontrarlo en la sala de estar”. Por mi parte, debo reconocer, sin la más mínima vergüenza, que he encontrado muchas cosas excelentes en salas de estar. Por ejemplo, en una sala de estar encontré

3. Charles Frederick Gurney Masterman (1873-1927), político y hombre de letras inglés, impulsor de diversos proyectos de asistencia social. Durante la Primera Guerra Mundial fue una figura clave del departamento de propaganda del Reino Unido, con el que Chesterton colaboró asiduamente. (N. del T.)

a Masterman. Pero solo menciono este ataque puramente moral para dejar en claro, en pocas palabras, lo que me separa de la teoría del optimismo y el progreso que él me imputa. A primera vista, parecería que el pesimismo alienta el progreso. Pero lo cierto, curiosamente, es que la época que proclamó el pesimismo a los cuatro vientos también ha sido la época donde casi toda reforma se estancó y cayó en decadencia. No es difícil ver por qué. Ningún hombre ha podido, ni podrá o querrá nunca, convertir algo del todo malo en algo bueno o algo del todo feo en algo bello. Ese algo debe ser mínimamente bueno para que lo pueda amar, mínimamente bello para que lo pueda admirar. Una madre baña y viste al niño sucio o descuidado, pero nadie puede pedirle que bañe y vista a un duende con un corazón de los mil infiernos. Nadie puede matar al novillo cebado⁴ en honor a Mefistófeles. Lo que impide todo progreso hoy en día es el sutil escepticismo que susurra en un millón de oídos que las cosas no son lo suficientemente buenas como para que valga la pena mejorarlas. Si el mundo es bueno somos revolucionarios, si el mundo es maligno somos conservadores. Estos ensayos, por inútiles que sean como literatura seria, son éticamente sinceros, porque buscan recordar a los hombres que las cosas deben amarse primero y mejorarse después.

G. K. C.

4. Cf. Lucas 15, 23. (N. del T.)

EL DEFENSOR*

* Las “defensas” que integran este volumen fueron publicadas en *The Speaker* y se las ha incluido aquí, después de revisarlas y ampliarlas, con permiso del Editor. Algunos fragmentos de “La defensa de la publicidad” aparecieron en *The Daily News*. (N. del A., fechada en octubre de 1901).

INTRODUCCIÓN

En ciertas tierras montañosas e infinitas, tierras como grandes planicies enloquecidas, con laderas que parecen contradecir la idea misma de llanura, y que nos hacen darnos cuenta de que vivimos en un planeta con un techo en pendiente, cada tanto encontramos valles enteros llenos de piedras y rocas desprendidas, tan grandes que parecen montañas sueltas. Es posible que sean restos de una creación experimental, que se rompió y se dejó de lado. A veces es difícil creer que tales deshechos cósmicos hayan podido reunirse sin intervención humana. La imaginación más tímida y ramplona ve en aquel lugar la escena de alguna guerra de gigantes. Personalmente, siempre lo asocio con una idea, recurrente y en última instancia instintiva. Ese lugar fue la escena del apedreamiento de algún profeta histórico, un profeta mucho más gigantesco que los posteriores, así como que las rocas son más gigantescas que los guijarros. El profeta dijo algunas palabras –palabras que parecieron vergonzosas y tremendas–, y el mundo, aterrorizado, lo enterró bajo un páramo de piedras. El lugar es un monumento a un miedo antiguo.

Si siguiéramos el hilo de esta fantasía, sería más difícil imaginar qué espantosa insinuación o imagen desaforada del universo pudo incitar esa persecución salvaje, qué escandaloso secreto intelectual yace enterrado debajo de las brutales piedras. Porque en nuestra época las blasfemias son muy pobres. El pesimismo ahora es a todas luces, como lo ha sido siempre en el fondo, más común que la piedad. La profanidad ahora es más que una afectación: es una convención. Maldecir a Dios es el ejercicio número uno en el manual del poeta menor. No fue, seguramente, por solemnidades tan bobas que apedrearon a nuestro profeta imaginario en los albores del mundo. Si sopesamos el tema en la infalible balanza de la imaginación, si tenemos en cuenta cuál es la verdadera tendencia de la humanidad, veremos que lo más probable es que lo hayan apedreado por decir que la hierba era verde y que los pájaros cantaban en primavera; ya que la misión de todo profeta desde el comienzo no ha sido tanto señalar lo que hay en los cielos y los infiernos, sino más que nada señalar lo que hay en la tierra.

La religión ha tenido que ofrecernos el más largo y extraño de los telescopios, el telescopio para ver el astro que habitábamos. Para la mente y los ojos del hombre promedio, este mundo está tan perdido como el Edén y tan sumergido como la Atlántida. Una extraña ley recorre la historia humana: los

hombres continuamente tienden a subestimar su entorno, subestimar su felicidad, y subestimarse a sí mismos. El gran pecado de la humanidad, el pecado tipificado por la caída de Adán, no es la tendencia al orgullo, sino a esta rara y horrenda humildad.

Esta es la gran caída, la caída por la que el pez se olvida del mar, el buey se olvida de la pradera, el trabajador se olvida de la ciudad, todo hombre se olvida de su entorno y, en el sentido más pleno y espiritual, se olvida de sí mismo. Esta es la verdadera caída de Adán, y es una caída espiritual. Es muy extraño que tantos hombres espirituales, como el General Gordon⁵, realmente hayan pasado horas especulando sobre la ubicación exacta del jardín del Edén. Lo más probable es que todavía estemos en el Edén. Lo único que ha cambiado es nuestra manera de ver las cosas.

Se suele decir que el pesimista es un rebelde. No lo es. Primero, porque se necesita algo de alegría para seguir rebelándose, y segundo, porque el pesimismo apela al lado más débil de cada uno, y el pesimista, en consecuencia, es tan popular como el cantinero. El verdadero rebelde es el optimista,

5. Charles George Gordon (1833-1885), también conocido como Gordon de Jartum, fue un militar y funcionario británico, cristiano devoto, que quedó convencido, al llegar al archipiélago de Seychelles, en África, de que el Valle de Mai era el antiguo jardín del Edén. (N. del T.)

que por lo general vive y muere en un intento desesperado y suicida de persuadir a los otros de lo buenos que son. Ha quedado demostrado una y mil veces que si uno realmente quiere enfurecer a los demás y sacarlos de sus casillas, empujándolos incluso hasta el homicidio, la mejor manera de hacerlo es decirles que son todos unos reverendos hijos de Dios. A Jesucristo lo crucificaron, recordemos, no por nada que haya dicho sobre Dios, sino porque se le imputaba haber dicho que en tres días un hombre podía demoler y reconstruir el Templo. Todo gran revolucionario, desde Isaías hasta Shelley, ha sido un optimista. Estaban indignados, pero no porque la existencia fuera espantosa, sino por lo mucho que tardaban los hombres en notar que era espléndida. El profeta apedreado no es un pendenciero ni un saboteador. Es, sencillamente, un amante rechazado. Sufre de un amor no correspondido hacia las cosas en general.

Cada vez se hace más claro, entonces, que el mundo siempre está en peligro de que se lo malinterprete. Que esto no es un disparate ni un delirio místico puede probarse recurriendo a ejemplos muy simples. Las dos palabras más básicas, “bueno” y “malo”, que describen dos sensaciones primitivas e inexplicables, no se usan ni se han usado nunca como corresponde. Nadie que conozca las cosas malas dice que sean buenas; pero a las buenas las declara malas el veredicto universal de la humanidad.

Déjenme que me explique un poco: algunas cosas son malas en general, como el dolor, y a nadie se le ocurre, ni siquiera a un lunático, decir que un dolor de muelas es bueno en sí; pero un cuchillo con el que cuesta cortar se considera un cuchillo malo, cuando no es malo en lo más mínimo. No es tan bueno como otros cuchillos a los que ya estamos acostumbrados, pero eso es todo. Un cuchillo nunca es malo, salvo cuando lo tenemos cuidadosa y científicamente clavado en medio de la espalda. El cuchillo más burdo y desafilado, con el que rompemos el lápiz cuando intentamos sacarle punta, es bueno por el hecho mismo de ser un cuchillo. En la Edad de Piedra habría parecido un milagro. Lo que llamamos un cuchillo malo es un buen cuchillo, solo que no lo suficiente para nosotros; lo que llamamos un sombrero malo es un buen sombrero, solo que no lo suficiente para nosotros; lo que llamamos una comida mala es una buena comida, solo que no lo suficiente para nosotros; lo que llamamos una civilización mala es una buena civilización, solo que no lo suficiente para nosotros. Elegimos decir que la historia de la humanidad en su conjunto es mala, no porque sea mala, sino porque nosotros somos mejores. Es, desde luego, un criterio injusto. Puede que el marfil no sea tan blanco como la nieve, pero ni todo el continente ártico podrá hacer que el marfil sea negro.

Ahora bien, me pareció injusto que la humanidad dijera una y otra vez que todas esas cosas eran malas, cuando en su momento fueron lo suficientemente buenas para mejorar otras, como quien patea siempre la escalera por la que acaba de subir. Me pareció que el progreso debía ser más que un continuo parricidio; por lo tanto, he investigado los basurales de la humanidad, y he encontrado un tesoro en cada uno. He descubierto que la humanidad tiende, no de un modo fortuito, sino eterno y sistemático, a tirar oro a las alcantarillas y diamantes al mar. He descubierto que todo hombre está predispuesto a decir que la hoja verde del árbol es un poco menos verde de lo que es en realidad, y que la nieve navideña es un poco menos blanca; por lo tanto, se me ocurrió que cada quien, por humilde que fuera, debía ocuparse antes que nada de defender las cosas. He llegado a la conclusión de que lo que más se necesita, cuando todo el mundo desprecia al mundo, es un defensor, y que habría hecho falta uno en aquel día terrible cuando el Sol se oscureció por el Calvario y los hombres rechazaron al Hombre.